

casado porjuicio irparables y por muchas de las autoridades á quienes no solo no habia guardado consideraciones, sino á las que con su franqueza habitual les habia sacado á las sus defectos y hasta culpas siempre que se habia presentado oportunidad. Después de eso hubo contienda con el arzobispo Bergosa, quien le ministró el sacramento de la extrema-uncion, después que hubo hecho su disposición testamentaria.

CAPITULO XLIV.

QUIEN A FIERRO MATA.....

Menudeábanse tanto los acontecimientos en el año de 1813, fecundo en tonterías como en luchas heroicas de los insurgentes, que apenas podemos mencionarlos en esta leyenda, de modo que tenemos que escoger los principales para ir prescindiendo de otros que no tienen ni lugar muy prominente en la historia, ni muy grande importancia para nosotros, con el fin de seguirmos ocupando de nuestro héroe, resueltos á no volver á soltarlo en los capitulos siguientes.

Por lo mismo, nos limitaremos á decir como de paso: que los miembros de la Junta Suprema de gobierno seguian mordiéndose y arañándose como perros y gatos, al grado de que ya no hacian caso de los realistas, sino que se buscaban para atacarse y aun llegaron á irse á las manos derramando sangre mexicana.

na, lo cual contribuyó mucho á que sufriera gran depreciacion la causa de la independenciam.

Que esas diferencias fueron mas marcadas entre Rayon, Liceaga y Verduco, llegando á tomar partido en ellas el mismo Morelos; pero combatidas siempre con lealtad y patriotismo por el Dr. Cos que hizo sacrificios inmensos y trabajó con gigantesco empeño, aunque inútilmente, porque se restableciera la armonia.

Que debido á la division de los miembros de la Junta, que llegaron á tener muchos partidarios y fuerzas respetables, D. Ramon Rayon que andaba pretendiendo conferenciar con Liceaga á la cabeza de unos ochocientos hombres con diez piezas de artilleria, fué derrotado por Iturbide en Salvatierra, sin que Liceaga que tenia tambien una division á sus órdenes se dignara acudir en su auxilio, no obstante que estaba presenciando el combate en una hacienda inmediata.

Que D. Agustin de Iturbide, que era entonces tan farsante como cuando fué emperador, rindió un parte pomposísimo y muy pedantesco, segun las calificaciones de su admirador Alamán, en el que decia que la pérdida de los insurgentes habia ascendido á *trescientos cincuenta miserables excomulgados que descendieron á los profundos abismos* y á veinticinco prisioneros *que fueron todos fusilados*. El mismo historiador dice que las pérdidas de Rayon fueron muy exageradas.

Que Iturbide obtuvo por premio de esta hazaña, que le proporcionó la funesta division en que estaban

los insurgentes, el empleo de coronel del regimiento de infantería de Celaya y la comandancia general de la provincia de Guanajuato, que Calleja quitó á D. José de la Cruz, haciéndolo rabiar con este golpe inesperado, hasta el punto de pronunciar amenazas candentes cuando recibió la noticia, dominado como se sintió por un sentimiento iracundo.

Que D. Ignacio Rayon acabó de poner las cosas más turbias dando una proclama en que declaraba que sus compañeros eran destituidos de la Junta.

Que Calleja supo aprovechar estos disturbios desarrollando un plan de campaña que le permitió destruir á los famosos Villagran, con los cuales no se perdió mucho porque eran más bandidos que patriotas.

Que solo el Dr. Cos, que era el menos soldado, obtuvo en esa época algunos triunfos, siendo de mencionarse la derrota que le causó al coronel realista D. Vicente Bustamante en que con la vida perdió este todos los elementos de guerra que llevaba.

Que el valiente cura Correa se vió tan acorralado que ya no tuvo mas salida que indultarse para salvar el pellejo únicamente, pues despues que se le puso á hacer ejercicios en la Profesa y se le exigieron una retahíla de juramentos los mas chavacanos, se fugó el 6 de Octubre de su prision dejando memorias al arzobispo, al vírey y á los canónigos, que le habian formado un proceso de los mas originales.

Que á este bizarro cura de Nopala D. José Manuel Correa, que hizo papel tan importante en aquella revolución, lo veremos despues peleando al lado

de Morelos quien lo ascendió á mariscal de campo, que era poco mas ó menos lo mismo que general de division.

Que el conde de Castro Terreño, comandante militar de Puebla, fusiló al coronel insurgente Juan de Dios Ramirez por haber descubierto que aquel se hallaba en relaciones secretas con Osorno, uno de los caudillos de la revolucion mas afamados por todo el rumbo de Apam.

Que es digno de notarse tambien que un gefe español de mucha nombradía apellidado Salcedo, fué destinado por Castro Terreño á perseguir á los insurgentes que pululaban por los llanos de Apam, el cual derrotó al bravo insurgente Montañó y logró cogerlo prisionero por habérsele armado el caballo al pasar un arroyo, mandándolo fusilar en el acto, y que los pedazos de su cuerpo fueran colgados en distintos puntos, por lo que Osorno se propuso vengar á su compañero y lo logró tan bien que á los muy pocos dias fué Salcedo derrotado y muerto en la hacienda de Tepetates por Miguel Inclan y su cabeza puesta sobre una pica en Zacatlan.

Y ahora vamos ya á ocuparnos del principal asunto que queríamos tratar en este capítulo.

Hé aquí la conversacion que tenian el coronel Arredondo, gobernador de las provincias internas, y el teniente coronel Ignacio Elizondo, gefes que tan importante papel desempeñaron en la aprehension del cura Hidalgo y sus compañeros, especialmente el úl-

timo que fué uno de los traidores mas infames que han llegado á conocerse en la tierra.

—He llamado á usted á esta poblacion del Valle de Maiz que he adoptado como mi cuartel general por ser punto mas estratégico, para comunicarle algunas noticias y darle algunas órdenes.

—Su señoría puede dárme las, contestó Elizondo con toda sumision, guardando entre él y su coronel Arredondo una respetuosa distancia.

—Una vez que usted me da permiso..... dijo el gobernador sonriéndose.

—Es decir..... quiero decir..... se apresuró á rectificar Elizondo que siempre se turbaba muchísimo delante de sus gefes, ó porque mucho lo despreciaban ó por el sentimiento natural de la falta de confianza que inspiraba á todos, temiendo que siempre creyeran leer en sus ojos ó en su tono alguna perfidia.

—Siéntese usted, amigo teniente coronel, le dijo Arredondo con llaneza y vamos entrando en materia.

Elizondo, desde á poco de su traicion, recibió el grado de coronel y á la sazón lo era efectivo, aunque se habia traspapelado su despacho; pero Arredondo se complacia en llamarle teniente coronel porque sabia que esto lo humillaba. Elizondo ocupó el asiento que le designó su jefe.

—Tenemos muy malas noticias de Texas y debemos marchar mañana mismo con todas las fuerzas que podamos reunir á recuperar el terreno perdido.

—Sí, señor, contestó Elizondo, público es que ha invadido á Texas un D. Bernardo Gutierrez de Lara.

—Pues bien, esta es la historia, continuó diciendo Arredondo, tomando asiento frente á su interlocutor: Lara con cuatrocientos aventureros, despues que no consintió en las proposiciones deshonorosas que le hizo el gobierno de los Estados Unidos para trabajar por su cuenta, ocupó á Nacodoches por la suya y se hizo fuerte en la bahía del Espíritu Santo, derrotando al gobernador de la provincia de Texas D. Manuel Salcedo lo mismo que al coronel D. Simon de Herrera, quedando ambos prisioneros.

—Si cayeron prisioneros serán fusilados, dijo Elizondo con voz temblorosa.

—No lo fueron por el momento, porque Lara les habia dado garantia de la vida, pero el populacho logró sacarlos de la prision que ocupaban y llevándolos á extramuros de la ciudad los hizo trizas, vengando la parte que aquellos tomaron en la captura de Hidalgo, Allende y demas insurgentes hecha en las Norias de Bajan.

—¡Jesus! exclamó Elizondo, todo trémulo y turbado.

—Ahora á nosotros toca vengar la sangre derramada de nuestros amigos y correligionarios.

—¿Qué es necesario hacer? preguntó Elizondo con voz sorda.

—Tomar todas las fuerzas que tengamos disponibles y marchar al encuentro de los invasores, á cuyo efecto usted se adelantará con la mejor caballería á reunir dispersos y partidas sueltas, mientras nos llegan los regimientos de Extremadura y Saboya, que

según me avisa el virey, vienen á desembarcar en Tampico para engrosar mi division. Mañana mismo se pondrá usted en marcha, observando, una vez que se encuentre frente al enemigo, todas las precauciones de la guerra.

—Está bien, mi coronel, dijo Elizondo levantándose.

—Si hay algun ardid que emplear como el que nos puso en posesion de Hidalgo y los suyos, no hay que desperdiciarlo, agregó Arredondo dando una palmadita en el hombro al traidor Elizondo.

—Descuide usted, mi coronel, contestó el odioso personaje, quien dando media vuelta sobre los talones se ausentó para dar cumplimiento á las disposiciones comunicadas.

Gutierrez de Lara, según la costumbre de aquellos tiempos, lejos de avanzar despues de sus rápidas victorias, que le hacian dueño de la mayor parte de las provincias de Texas y Nuevo Santander, hoy Tamaulipas, se detuvo en Béjar por algun tiempo ocupándose en dictar medidas políticas hasta que sorprendido casi, supo que habian llegado las tropas realistas al punto denominado "el Alazan."

En efecto, Elizondo que habia reunido unos dos mil hombres con cosa de seis cañones, no quiso esperar la llegada de Arredondo para alcanzar solo la gloria del triunfo y se presentó al frente del enemigo en son de combate.

Lara salió del sueño tranquilo á que se habia entregado y reuniendo sus tropas, no se limitó á defen-

derse, sino que tomando la iniciativa atacó á Elizondo en sus fuertes posiciones derrotándolo completamente despues de un reñido combate.

El teniente D. Pedro Prado, que era quien habia acaudillado el motin para hacer que se fusilara á los traidores Herrera y Salcedo y que parecia haber tomado á su cargo vengar la sangre derramada en Chihuahua de los caudillos de la independencia, buscó personalmente á Elizondo, quien escapó de entre sus manos casi merced al magnifico caballo que montaba y al cual encomendó en momento tan crítico su salvacion.

Pálido y jadeante, no dejó de correr hasta encontrar las primeras fuerzas de Arredondo en el Presidio del Rio Grande, á donde continuaron llegando los dispersos, verificándose la incorporacion general del gran ejército destinado á concluir con la revolucion que lenta pero amenazante y siempre vencedora se habia presentado por aquellos rumbos.

Elizondo, en vez de ser juzgado militarmente por haberse adelantado á dar un ataque en contra de las prevenciones que habia recibido, no solo fué perdonado sino premiado por Arredondo, quien lo dió á reconocer ya como coronel efectivo dándole otra vez á mandar la vanguardia. Era que tenía pocos gefes valientes á sus órdenes de quien echar mano y tenía confianza ciega en los ardides de aquel villano que para ellos tenía un genio casi diabólico.

No se engañaba en esto Arredondo, pues que ya en la correria que habia hecho aquel traidor habia gana-

do tanto en conocimiento de la situación y recursos del enemigo, como si hubiera conseguido una victoria. Sabía que todos los texanos estaban descontentos de las lentitudes de Lara y que estaban deseando con ansia que se les presentara cualquier otro caudillo. Entonces el activo y astuto Elizondo escribió á un amigo suyo D. José Alvarez Toledo, oficial de la marina que había sido diputado á Cadiz y que sufría un destierro que le impuso la Regencia en la frontera de Texas. Con permiso de Arredondo, fué aquel á celebrar una conferencia reservada con su amigo, de la cual regresó muy satisfecho, diciéndole entonces á Arredondo:

—Ahora solamente tenemos que esperar los acontecimientos, pues ó mucho me engaño ó el plan que tenemos debe darnos felices resultados.

Entonces Arredondo, sabiendo bien que el calmoso Lara no había de salir á atacarlo, siguió avanzando poco á poco haciendo jornadas hasta de á dos leguas.

—Cuándo es tiempo de dar el golpe? preguntaba á su favorito Elizondo.

Y este le contestaba:

—Dentro de unos cuantos días ó dentro de unas cuantas horas, todo es obra de unos pequeños procedimientos que se están poniendo en planta.

Hasta que un día entró alborozado al alojamiento del comandante general de las provincias internas, diciéndole:

—Ya todo está hecho, mi general.

Todavía no era general Arredondo, pero le daba ese título para alhagarlo.

Entonces le refirió como su cómplice el español Alvarez de Toledo, fingiéndose partidario de los insurgentes había dado una proclama insidiosa, por medio de la cual pedía que se le nombrara jefe de los insurrectos de Texas seguro de obrar más rápidamente que Lara, el que ni era militar, ni hombre conveniente para la guerra, puesto que era débil, cachazudo, ignorante y muy poco organizador.

Los texanos, que no deseaban otra cosa mas que un jefe activo, cayeron con facilidad en el lazo, haciendo que Lara se volviera despedido á los Estados Unidos, poniéndose todos á las órdenes del nuevo traidor Alvarez de Toledo.

El resultado fué tal como lo había previsto Elizondo. El nuevo jefe insurgente simuló un combate en que entregó por mayor cuantos elementos tenía, encargándose el subdiácono Zambrano, otro traidor de que nos hemos ocupado otras veces, de hacer la debida carnicería fusilando á ciento doce prisioneros. Despues al ocuparse á Béjar fusilaron entre Elizondo y Zambrano mas por gusto que por otra cosa, á otros trescientos hombres por sospechosos de haber tomado parte en la insurreccion.

D. José Alvarez de Toledo con el dinero que ganó en este negocio regresó á España, se casó con una viuda de alto rango y en premio á sus merecimientos se le asignó una pensión real y fué nombra-

do embajador de Fernando VII en la corte de Nápoles.

Ahora vamos á ver el premio que obtuvieron los traidores Zambrano y Elizondo.

Como despues de la fingida derrota de Toledo habian quedado numerosas partidas de insurrectos que no sabian qué partido adoptar, pues que si se sometian eran fusilados y si no se sometian se les acorralaba y se les mataba como perros, se destinaron á algunas tropas realistas á hacerles una seria persecucion. Zambrano fué herido gravemente en un combate y murió de resultas de la herida en un arroyo en donde lo encontraron los insurgentes y lo mandaron colgar de un árbol.

Elizondo muy satisfecho ya con su nombramiento de coronel y esperanzado á los nuevos premios que no dejaría de mandar el virey luego que supiera sus nuevas hazañas, dormía entregado á los ensueños mas seductores en su tienda y en medio del campamento que habia formado en el Ojo de Agua de los Brazos, cuando una mañana se despertó á los gritos de agonia que daba su ayudante Serrano en el departamento inmediato.

El haber abierto los ojos y el haberse incorporado no le sirvió mas que para ver á un hombre con los cabellos erizados y con una brillante espada en la mano que la hundió en su pecho á la vez que exclamaba:

—Muere, asesino infame, muere vil traidor!!!  
Elizondo no tuvo tiempo ni de pedir auxilio, ni de

defenderse, ni de conocer siquiera á su asesino; pero como le quedaron todavia fuerzas, se levantó, salió de la tienda y dando traspiés huyó como un cobarde hasta ir á caer sin alientos en las orillas del Rio de San Marcos.

Estaba el infeliz debatiéndose allí en medio de un charco de sangre cuando abrió los ojos para ver lo que producía una algazara confusa que llegaba á sus oídos. En esos momentos apareció allí un hombre, el mismo que lo habia herido, todavia con la espada en la mano, seguido de oficiales y soldados.

Cuando estos lo aprehendieron lanzó una gran carcajada gritando:

—¡Sangre! ¡sangre! ¡mas ajusticiados!.....

—Es el teniente Miguel Serrano, que se ha vuelto loco al ver tantas ejecuciones, murmuró un oficial.

El loco, reparando en Elizondo que agonizaba, le gritó:

—¡Ah, traidor! El que á fierro mata á fierro muere!